

que un limosnero de Dios en nombre de Jesucristo: *Dispensatores Dei*.

La vida humana hállase más ó menos sembrada de penalidades y dolores. La resignación, pues, es un deber de todo cristiano. Cierto que como hombres se nos resiste el sufrir, el humillarnos y soportar la pobreza; pero esta es la ley del Evangelio, Jesucristo nos la ha dado, y El es quien ha realizado en su persona esas tres grandes virtudes: la humildad, la pobreza y el sufrimiento.

¡Insensatos vosotros los que vinculáis todo vuestro placer en acumular tesoros sobre tesoros! Un día vendrá á visitaros la muerte, tal vez en el momento en que creáis haber puesto el colmo á vuestras riquezas; y os dirá: ¡Basta! precipitándoos en la eternidad, adonde ni una sola moneda de vuestro oro os acompañará. Y vosotros que no soñáis más que en satisfacer con presteza vuestros insaciables deseos, abismándoos en toda clase de placeres, en las locuras de los sentidos y del corazón, en los ensueños de una imaginación depravada, y sin embargo, os juzgáis dichosos, ¿qué sentiríais si la muerte os sobrecogiese en vuestros crímenes para lanzaros en la eternidad?

Hémos, pues, M. A. O., colocados entre dos alternativas: la vida cristiana, y la vida mundana. ¡Escoged!... En cuanto á mí, no vacilo un momento en marchar tras las huellas de María, y no dudo que vosotros también imitaréis á tan buena Madre, esforzándoos generosamente á copiar en vuestras almas ese divino modelo. Y si las dificultades os asustan, si os detienen los obstáculos, no olvidéis que en el Cielo tenemos una Abogada piadosa á cuyos ruegos nada resiste, y confiad en ella: *Advocata nostra*. María es también la Virgen poderosa que todo lo puede en favor nuestro si recurrimos á su protección: *Virgo potens*. Llena está siempre de misericordia para con los hijos que corren á abrigarse bajo su manto maternal: *Virgo clemens*. Y vosotros, sobre todo, pobres pecadores, que tanto necesitáis de consuelo y esperanzas, venid á María que es vuestro refugio firmísimo. *Refugium peccatorum*. Venid también los que en vuestra vida no experimentáis otra cosa que dolores y tribulaciones; nadie mejor que María conoce los secretos del corazón que sufre, y por eso es llamada consuelo de afligidos: *Consolatrix afflictorum*.

Todos, por último, cualesquiera que seamos, dirijámonos confiados á María. Y cuando en la triste travesía de nuestra vida nos veamos expuestos á naufragar, cuando la frágil barquilla de nuestra alma se sienta balancear empujada por las espumosas olas, cuando en lóbrega noche oigamos bramar el trueno y veamos el rayo sobre nuestras cabezas, repitamos sin cesar el nombre de María, y bien pronto responderá á nuestros gritos esa Estrella de los mares: *Stella maris*, y conducidos por ella llegaremos al puerto de salvación. Realizad, ¡oh María! este ardiente deseo de nuestra alma; haced que un día estemos con Vos y cerca de Vos en el Cielo; que los pastores y las ovejas nos veamos reunidos, para gozar de vuestra posesión por los siglos de los siglos.

M. COQUEREAU.

DISCURSO

PARA EL DÍA 14 DE MAYO.

DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Dignidad de los Dolores de María.

SUBDIVISIONES.—1. Majestad del sufrimiento.—2. Dignidad de los dolores de una madre.—3. Razón de los Dolores de María.

PUNTO SEGUNDO.—Generosidad de los Dolores de María.

SUBDIVISIONES.—1. Ella se inmola con su Hijo.—2. Su constancia.

PUNTO TERCERO.—Fecundidad de los Dolores de María.

SUBDIVISIONES.—1. Nos da por segunda vez á su Hijo.—2. Nos es dada por Madre.

Tuam ipsius animam pertransibit gladius.
Una espada traspasará tu alma.

(Luc., II., 35.)

MARÍA había sido asociada á las prolongadas y laboriosas preparaciones con que el Salvador prelujiara su último sacrificio. Llegado el momento de consumarle, la Virgen inmaculada no podía separarse de Jesús. Una alianza íntima unía el corazón de la Madre al corazón del Hijo, é idénticos dolores debieron asociar á ámbos al pié de la Cruz para consumir la grande obra de la Redención.

Nada nos dice el Evangelista de los dolores de la Santísima Virgen; y es creible que su silencio fuese efecto de la imposibilidad en que se hallaba de explicarlos. De muy antiguo se ha dicho que los pequeños dolores hablan, pero los grandes enmudecen. Convenía, pues, que el Evangelio callase; pero una sola palabra, deslizada, digámoslo así, de los labios de los sagrados historiadores, nos dice lo bastante para poder yo ofreceros en la presente ocasión algunos objetos de piedad y edificación. «La Madre de Jesús estaba de pié al lado de la Cruz de su Hijo.» Nada más dice el Texto sagrado. Pero, ¡cuán inmensas enseñanzas encierran estas breves expresiones! Procuraré resumirlas en los mas cortos términos posibles.

Los dolores de María son dignos de ella, dignos de su Hijo, dignos de Dios, dignos del gran objeto que se proponía: tal es su dignidad.

Los dolores de María son fuertes, constantes, generosos: hé aquí su generosidad.

Los dolores de María no son vanos y estériles, sinó que producen frutos abundantes; esto constituye su fecundidad.

Dignidad, generosidad, fecundidad de los dolores de María: á esto reduzco, pues, el objeto de este discurso y de vuestra atención, etc.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

DIGNIDAD DE LOS DOLORES DE MARÍA.

Hay en el dolor, según el dictamen general, algo de grave y elevado; tanto que el mismo Bossuet no ha dudado decir, que la desgracia y el dolor añaden grandes quilates de perfección á la más sublime grandeza. El corazón humano, instintivamente generoso, honra espontáneamente la majestad del infortunio. Pero si hay sufrimientos dignos de respeto, si el dolor encierra algo de sublime en la tierra, nada puede igualarse al espectáculo que hoy nos ofrece el Calvario.

María está de pié cabe la Cruz de su divino Hijo: *Stabat autem juxta Crucem Jesu mater ejus*. ¿Quién es, pues, esa Mujer que en semejante actitud está en cierto modo representando á la creación entera, sosteniendo juntamente con el Hombre-Dios, el Redentor de la humanidad, los últimos esfuerzos de la lucha y de la agonía? *Quæ est ista?* Los profetas habíala anunciado como la Mujer destinada á quebrantar la cabeza de la serpiente maldecida, como la imagen de la Madre inocente y reparadora. Las antiguas razas la habían saludado anticipadamente con la veneración mas profunda; y en las tradiciones todas del viejo mundo hállase consignado el honor tributado á la Virgen que había de venir. Dios, pues, en sus pensamientos eternos había asociado una Mujer, una Madre, una Virgen á la grande obra de la Redención; y en su consecuencia, fácil es presumir la abundancia de gracias, los tesoros de virtud, los dones y carismas con que debió enriquecer su alma el Espíritu divino: *Sanctificavit Tabernaculum suum*.

En efecto, el Altísimo había santificado su Tabernáculo, complaciéndose en reproducir en María los rasgos más perfectos de su divina imagen. Todas las virtudes muéstranse en ella á los ojos de Dios y de sus Angeles en su grado máximo de sublimidad y perfección. Ni la más leve mancha, ni la sombra siquiera de defecto ó imperfección es

posible encontrar en esa Virgen augusta, que atravesara á pié enjuto las amargas aguas de la culpa original que inficiona nuestras almas. Sí: puro como el Cielo es vuestro corazón, ¡oh María! más elevado que los Angeles y los Serafines; puesto que es la morada que el Altísimo dispuso para sí con sus propias manos. Cuanto la imaginación, el genio, la fé, la piedad, la veneración y los sentimientos todos del alma son capaces de concebir, exceptuando la adoración que sólo á Dios es debida, todo se halla reunido en esa creación augusta del Omnipotente.

Pues bien, A. O. M., esa Mujer, de cuya sublimidad y perfecciones sólo os he presentado un tosco y miserable boceto, estaba condenada al dolor, al sufrimiento, á la ignominia y á la oscuridad. ¿Y por qué? ¿Qué razón hay para que la inocencia, la santidad más perfecta, el más acabado y sublime modelo que después de Jesucristo puede ofrecerse á la tierra, no tenga otra herencia, otro porvenir más que el dolor, la ignominia, los tormentos y la agonía? Pero tened presente, que, como poco ha os dije, nada ha hallado Dios más grande para honrar á su Hijo y á su Madre, que padecer y humillarse. Hed ahí esa dignidad del dolor, asociada á la virtud, á la santidad y á la perfección más sublimes. Tan diversos son los pensamientos de Dios de los pensamientos del hombre.

¡Oh! ¡Cómo me complace contemplar en el amor de esa Virgen la dignidad de su dolor! Dignidad y amor, sí, H. M. Ella es Madre, y la maternidad es una gran dignidad sobre la tierra. Es Madre, y ¡de qué Hijo! No seré yo quien me arriesgue á hablaros del amor maternal y de las virtudes maternales; vuestros corazones alcanzan á comprender mucho más de lo que pudiera yo deciros con mis balbucientes labios. Pero de cierto nada aventuraré si os digo que en las escenas de dolor que el mundo nos presenta, nada hay más digno, elevado, noble y venerable que los dolores de una madre. Ahora bien, contemplad á María cerca de la Cruz de su Hijo, al pié del árbol del sacrificio, inmoldándose á sí misma según los decretos de la voluntad divina. En aquella Cruz pende Aquel que ella llevó en su seno, alimentó con su leche, y acompañó durante treinta y tres años en su carrera mortal. Todo cuanto el amor, el respeto, la fidelidad, la abnegación pueden inspirar, hállase reconcentrado en el corazón de esa Madre. De pié delante de la Cruz de su Unigénito, está anegada en llanto y abismada en el dolor más profundo. ¿Puede concebirse una dignidad semejante á la suya? Los ultrajes, las blasfemias, los insultos, el odio más encarnizado, siguen á Jesús hasta su agonía. Su Madre le contempla solo, sin consuelo, sin amigos que le alivien y sostengan, sin nada con que satisfacer su sed ardiente. Abandonado por el Cielo, quéjase á su Padre de este desamparo en que gime y languidece. Su alma experimenta todas las angustias de la agonía: la debilidad, la repugnancia, el horror, porque voluntariamente ha aceptado todas las miserias humanas. ¡Cuánto no debió, pues, sufrir su Madre! Pero, ¡con cuánta dignidad sufre! ¡Cómo sabe elevarse sobre todos los senti-

mientos que sólo son propios de su mera personalidad! ¡Ah! No es ella misma el objeto de su llanto, no la afligen sus propios dolores; otro motivo más elevado inspira su amargura y su tormento. Excuso decíroslo, H. M.; vuestra fe y piedad lo han adivinado ya.

Para penetrar en el corazón de aquella Madre, y darme cuenta de los sentimientos de un dolor tan inmenso y digno, preciso me es interrogar al corazón del mismo Dios, al corazón del Salvador, é investigar los designios admirables de su justicia y de su misericordia, por cuanto María estuvo íntimamente unida al Sacrificio de su Hijo. ¿Cuáles son, pues, los dolores del Hijo de María? ¿Cuáles los sentimientos que en aquel momento destrozan el corazón de Jesús? ¡Ah! Indudablemente se halla agotado en fuerza de los dolores y tormentos que ha sufrido; sin duda experimenta cuanto hay de amargo en los insultos, desprecios y ultrajes de que es objeto; pero no es ésa la verdadera causa de su dolor, de su agonía, de su sufrimiento, menos aún de su muerte. Nuestros pecados, nuestras ingratitudes, nuestra indiferencia, nuestra impiedad... Ved ahí, H. M., por lo que sufre Jesucristo; por éso se eleva aquella Cruz entre la tierra y el Cielo; por éso se muestra plantada en el Calvario y regada con sangre divina. Pues bien, en aquellos instantes supremos, María, ilustrada con las luces de la eterna verdad, sufre allí horriblemente, asociándose á la obra de la Reparación y Redención del linaje humano. Su dolor es semejante á un inmenso Océano. Toda ella, según la frase de San Bernardo, se encuentra sumergida en un mar de amargura. El espectáculo del diluvio de las humanas iniquidades ofrécese á su corazón bajo un aspecto amenazador. Ve sus olas horrendas dirigirse contra el Cielo, contra la autoridad, contra la justicia, contra la bondad, contra la misericordia de su Hijo, contra su Evangelio, contra su Iglesia, contra sus Sacramentos, contra su gracia. Ve rebelarse en masa todas las pasiones humanas, la soberbia, la lujuria, la pereza, el desenfrenado amor á los placeres, la inclinación casi irresistible del mundo hacia los intereses materiales, hacia los bienes del tiempo, que al presente nos devora. Todo lo ha contado, pesado y medido al pié de la Cruz, al propio tiempo que conoce todo cuanto Dios merece, todo cuanto vale la abnegación de su Hijo, y la cuenta que aquella sangre reparadora ha de pedir al mundo. Ella ha conocido y recorrido todas las horas, todos los días de los siglos que viene atravesando la humanidad desde el génesis de la Creación; lleva consigo en su propio corazón, sobre la Cruz de su Unigénito, esa otra Cruz pesadísima de las iniquidades aumentadas en tan largo espacio; y sin embargo, no sucumbe bajo un peso tan insoportable, sinó que permanece en pié. Su dolor se mide por la extensión misma de los ultrajes y las ofensas hechas á la Majestad Divina; y á pesar de eso, el amor hacia el hombre, su deseo de consolarle y salvarle la sostiene; y ved lo que constituye su fuerza y generosidad.

PUNTO SEGUNDO.

GENEROSIDAD DE LOS DOLORES DE MARÍA.

María había aceptado una gran misión que se le confiara. Asociada á su Divino Hijo, sabía todas las iniquidades del mundo; pero como Corredentora que era de la humanidad, ruega, se sacrifica, é inmola su vida. Yo te saludo y venero, ¡oh bendita Virgen! Ahora comprendo por qué la Iglesia os decreta en sus cánticos el título de Madre de misericordia, y la razón de que hayáis venido á ser nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza y nuestra salud. Al pié de la Cruz, en la hora solemne del Sacrificio y de la reparación obrada por vuestro Unigénito, llorasteis Vos por nuestras iniquidades, las expiasteis, ofrecisteis vuestra vida en holocausto, aceptasteis todos los dolores que merecíamos, y acercasteis vuestros labios maternales al cáliz amargo que á nosotros tocaba beber. ¡Bendita seáis, ¡oh Virgen María! Consolaos, almas afligidas, que gemís atadas con los lazos de la culpa; confiad, pecadores todos, por endurecidos que estéis; porque por nosotros ha rogado María al pié de la Cruz, por nosotros se ha sacrificado, sin debilitarse, ni menos sucumbir bajo tan enorme carga. Ni un solo instante ha desmentido su fuerza, su generosidad y su abnegación.

Aprended ahora, H. M., de este ejemplo, cuáles deben ser vuestros dolores. ¡Ah! En el mundo se quejan los hombres y se afligen sin cesar. Pero, ¿son siempre estos dolores dignos de su fe, dignos del generoso objeto que deben proponerse? ¿No son, por el contrario, casi siempre el resultado de no haberles sonreído la fortuna, de haber visto fracasadas sus más halagüeñas esperanzas? No intento deciros que en esto nada haya de triste y aflictivo. Mas, decidme, hijos de María, hijos de esa Madre tan desconsolada; destinados como estáis á reinar en el Cielo, ¿son por ventura los bienes de la tierra los que constituyen toda vuestra felicidad? ¿Son ellos los que deben preocuparos incesantemente, causar vuestros pesares y angustias, renovar vuestros padecimientos, y haceros insoportable la existencia cuando los perdéis ú os veis privados de ellos? Elevaos más alto, cristianos; no lloréis por la herencia terrenal y perecedera, los que estáis destinados á una herencia celestial y eterna. Sabed al menos consolaros; y como María, permaneced en pié, pensando en la vida que os espera.

Ved aquí otra lección que nos da la Santísima Virgen. Aun cuando todos los males juntos se hallasen reunidos en vuestro corazón ó en vuestra persona; siquiera sufrieseis los golpes más crueles en vuestra salud, y no vieseis en torno vuestro más que la ingratitud y el olvido del mundo, no por eso os desaniméis, cristianos; mirad al

Cielo: y si vuestra alma es pura, si tenéis una conciencia recta, si sabéis reparar las ofensas hechas al Señor, consolaos y estad seguros, pues escrito está: «Purificaos, obrad bien, y entonces venid y argüidme.» *Et venite, et arguite me.* (ISALÆ., I, 18.) Jamás el desaliento debe ejercer su imperio sobre el varón justo, servidor fiel, que busca á Dios, vive de la fe, se alimenta con la esperanza, y marcha con paso firme hacia la patria inmortal. Obseivad á Judas. ¿Hubo jamás un dolor más indigno y débil que el suyo? Devuelve las treinta monedas, precio de su traición, porque ha conocido que ha entregado la sangre del Justo... Pero no se acuerda en aquellos momentos en que su Divino Maestro se prosterna á sus piés para lavarle; concibe tal vez todo lo que merece la bondad de Jesucristo, pero no reconoce todo lo que puede hacer todavía... ¡Oh! Judas, arrepentido y confiado en la divina misericordia, hubiera podido aún merecer un trono y brillar con los demás Apóstoles por toda una eternidad; pero desconfía de la infinita clemencia de Dios, se desespera, atenta contra su propia vida y se ahorca. ¡Oh, H. M.! Esperad siempre; confiad, suceda lo que quiera.

Tened siempre á la vista la esperanza de María, su constancia y generosidad. En presencia del Calvario, y al ver los acerbos dolores de la Madre de Dios al pié de la Cruz de su Divino Hijo, vuestra fe os enseñará que el único mal positivo en la tierra, el único dolor digno de tal nombre es haber ofendido al Señor. Si sois inocentes, ó al menos os halláis sinceramente arrepentidos, y lleváis la justicia en el fondo de vuestra alma, ¿qué son los tormentos, las revoluciones, las enfermedades y el martirio mismo? Nada, M. A. O., nada. ¡Y qué! Teniendo á Dios en vuestro corazón, habitando el Espíritu Santo en él como en su templo, estando nutridos con la esperanza de la inmortalidad, ¿podrías sucumbir bajo el temor de cualesquiera dolores? ¿Dónde estarían entonces la dignidad, la generosidad, el valor cristiano, que tanto brilla en los padecimientos de María, de quien debéis ser fieles imitadores? Y con tanta más razón, cuanto que los dolores de la Madre de Dios no son estériles, sinó que en ellos resplandece una prodigiosa fecundidad, que forma su tercer carácter y el objeto de vuestra atención en mi

PUNTO TERCERO.

PECUNDIDAD DE LOS DOLORES DE MARÍA.

Sabido es, H. M., que el alumbramiento de María en Bethleem fué un alumbramiento milagroso y sin dolor. Jamás esa augusta Virgen estuvo sujeta ni podía sujetarse al fatal decreto pronunciado contra la primera de las madres. Jesús vino al mundo: y en aquella hora suprema María no experimentó sinó alegría y gozo inexplicable. Los

Angeles celebraron con armoniosos cánticos la venida del Deseado de las naciones; pero la profecía de Simeón no tardó en anunciar á María que una espada de dolor atravesaría su alma. Desde aquella hora, desde el momento de la presentación en el Templo, toda la vida de la Madre, bien así que la del Hijo, no fué sinó un sacrificio permanente y una cruz anticipada. Llega el instante del sacrificio del Hombre-Dios, y entónces se verifica allí un alumbramiento trabajoso, pero admirablemente fecundo. María, en verdad, era ya Madre de Dios; este título la pertenecía de justicia y era inseparable de ella, puesto que su Hijo era Dios, y ella le había engendrado en el tiempo. Bajo este punto de vista nada tenía que conquistar en gracia y dignidad; pero en el momento en que va á consumarse el sacrificio de Jesucristo, la maternidad de María adquiere, digámoslo así, una de sus más gloriosas prerogativas. Cuando el Angel Gabriel se la apareció en su morada de Nazareth, fué necesario, según los Santos Padres, que María diese su consentimiento para la Encarnación del Verbo; por lo menos hallábase consignado en los eternos consejos de la Trinidad Beatísima que dicho consentimiento se exigiese á la humilde y oscura Virgen. En virtud, pues, de la intención de María y del *fiat* que pronunciaron sus labios en contestación á la embajada del celeste mensajero, obróse en la tierra el gran misterio de la redención. Ahora bien: los Padres de la Iglesia, ilustrados con las mismas luces y marchando siempre tras las huellas de la tradición, nos han presentado á María en el Calvario ejerciendo también los derechos de Madre en el momento del sacrificio, y consultada por su propio corazón para sentir libre y voluntariamente en sacrificar por los pecados del mundo á Aquel que ya se había ofrecido á sí mismo víctima propiciatoria por todos ellos. Elevad, M. A. O., vuestras ideas hasta penetrar en los eternos designios del Cielo. Contemplad á María en pié delante de la Cruz; observad á Jesús próximo á espirar; sin embargo, parece como que su sangre se detiene en las venas, y que su vida está suspendida... ¿Qué es lo que allí pasa? ¿No es María la Madre de aquel Hijo? ¿Ese Hijo no la pertenece? ¿Será necesario que el Cielo pida á esa Madre, tan dignamente asociada á la obra de la Redención, el consentimiento para que la muerte de su Hijo se realice? ¡Oh! No seré yo quien me atreva á decir que Dios pueda depender de la voluntad de una criatura, por privilegiada y elevada que sea; empero no es menos cierto que en esa asociación libre y voluntaria de María al sacrificio de su Hijo, resalta el ejercicio más elevado, más noble y legítimo de los derechos de la maternidad divina.

Comprended ahora, A. M., cómo María os da por segunda vez la vida, y os engendra de nuevo en el Calvario, mereciendo el verdadero título de Madre vuestra que el Salvador la lega en sus últimos instantes recomendándola al amado Discípulo. Pues para esto, hácese preciso el consentimiento de su alma y de su voluntad maternal; fuerza es que María sea el sacrificador. Abraham había recibido un día la orden de sacrificar á su hijo Isaac; en su consecuencia, subió

éste á la montaña con la leña del holocausto; y si el Señor, satisfecho con la obediencia de su servidor, le detuvo cuando iba á descargar el golpe, en esto quiso prefigurar anticipadamente el sacrificio real y verdadero y la obediencia que un día debía exigir de María. Ella ocupa en el Calvario el lugar del gran Sacerdote de la Redención, colocada bajo su Hijo, que es el verdadero Pontífice. Ella le inmola, le hace su víctima, puesto que, dando á su Hijo para que muera, da su propia sangre, aquella sangre formada de lo más puro de su corazón. Ni un solo instante vacila su voluntad... No importa que sienta desgarrarse su alma con un dolor el más vivo y penetrante que es posible imaginar. Dios la pide su Hijo para sacrificarle por unos hombres ingratos, blasfemos, perjuros, y áun por los réprobos, puesto que por todos murió Jesús; y María le entrega, le ofrece, le abandona, le inmola, le sacrifica, sacrificándose é inmolándose á sí misma, por esos impíos que un día maldecirán á su Hijo y ultrajarán en los siglos sucesivos al Padre Celestial.

Ved ahí, cristianos, la Madre de un Dios y al mismo tiempo la vuestra. En ese alumbramiento trabajoso del Calvario; en esos dolores inenarrables de María, es donde resplandece su maravillosa fecundidad. ¿Somos sus hijos? ¿Nos ha adquirido á justo título? ¿La pertenecemos verdaderamente? ¡Ah! Escuchad al moribundo Jesús: «Mira ahí á tu Madre.» *Ecce Mater tua.* Sí, María es nuestra Madre, porque inmolando á su Hijo, nos ha dado la verdadera gracia de la salvación, asociada como estaba mediante una alianza íntima á la grande obra de la Redención. Comprended ahora, A. O. M., por qué la Iglesia nos invita incesantemente á ofrecer nuestros homenajes á la Madre de Dios; por qué en todas partes se elevan en honor suyo magníficos templos; por qué las poblaciones se precipitan en masa á visitar los santuarios erigidos bajo su advocación. Comprended por qué su nombre viene siendo en el mundo cristiano un nombre de triunfo y de victoria; por qué la dirigimos sin cesar nuestras plegarias; por qué colocamos nuestro apostolado bajo su protección; por qué la invocamos como Madre de toda esperanza. ¡Ah! Es que sobre el Calvario, regado con la sangre de su Divino Hijo, ella nos engendró y dió á luz con agudísimos dolores, y nos regeneró y dió nueva vida bañándonos en aquella sangre divina. ¡Benditos dolores! ¡Fecundidad admirable! ¡Ah! Yo os venero con toda la efusión de mi alma. Si alguna vez en mi triste peregrinación, empujado por el flujo y reflujo de las humanas pasiones, tiembla mi corazón ó mi alma se llena de terror, ya sé á quién debo recurrir. Cuando el deber me sea insoportable y duro, ó la cruz me parezca demasiado pesada, ó me sienta sucumbir ante el aspecto de la tribulación ó de la angustia, yo me acordaré, Madre mía, de vuestros dolores constantes y fecundos; tendré presente esa palabra caída de los labios del moribundo Salvador en la hora suprema del sacrificio: «Ve ahí á tu Madre.» Ella me consolará; ella robustecerá mi esperanza en medio de los redoblados asaltos del enemigo de mi salvación, y fortalecido con el pensamiento de las amargas

penas que sufristeis por los pecados del mundo, esperaré siempre en vuestra protección y en la misericordia de Jesús.

No pueden ser más sólidos los fundamentos de nuestra esperanza. ¿Qué puede rehusar Dios á su augusta Madre? ¿Con qué otro objeto fué elevada esa Mujer, esa Inmaculada Virgen, á un grado tan alto de honor, y asociada con tan íntimos lazos á la Encarnación del Verbo y á la grande obra de la Redención, sinó para servir á las almas de consuelo y refugio? Nuestra debilidad suma, nuestra pequeñez y miseria necesitan en la tierra de un firme apoyo. ¡Cuántos obstáculos, cuántas dificultades, cuántas tentaciones, cuántas opresiones, desgracias y tinieblas nos cercan! Por eso, Dios mío, plúgoos darnos una Madre, en cuyo corazón nada hay terrible ni amenazador; en ella no hay que temer la justicia, porque María no nos juzgará, no nos condenará jamás. No permaneció en pié delante de la Cruz en el Calvario sinó para bendecirnos y salvarnos, como Madre de la misericordia y del amor. Sí, cristianos, esperad, confiad en María, y sirvaos el recuerdo de sus dolores y compasión de remedio de todos vuestros males.

Réstame ahora, A. O. M., aconsejaros que vuestros dolores no sean vanos y estériles, sinó fecundos. No consumáis los días y las horas en pensamientos que os abatan y aflijan infructuosamente. Sin duda alguna sufriréis, gemiréis, lloraréis, tendréis que luchar con mil obstáculos; el pecado os hará cruda guerra, empero acordaos que en medio de penalidades y aflicciones se operó vuestra regeneración. Así es cómo os da á luz la gracia penosa y trabajosamente, por cuanto es forzoso vivir por el sacrificio, combatir por el sacrificio y salvarse por el sacrificio; mas por el sacrificio también es preciso consolarse y alegrarse. De este modo nos despojaremos del hombre viejo, del hombre de pecado, revistiéndonos del hombre nuevo, mediante el dolor, mediante el combate, sacrificándonos incesantemente á nuestro deber y consagrándonos á cuanto de nosotros exige el Señor. Llegará una hora en que el Angel consolador descenderá del Cielo; pues en los tesoros de su gracia tiene Dios bálsamo suficiente para dulcificar nuestras penas, para consolar nuestras aflicciones é iluminar la oscura noche de nuestra adversidad. Jamás nos abandonará el corazón compasivo de María que tan heroicamente se abnegó por nosotros en el Calvario. No nos desanimemos, no nos dejemos abatir, por graves que sean nuestros padecimientos. Sepamos esperar en la Cruz de Jesucristo; esperemos también en los dolores de su Santísima Madre, y seremos benditos en el tiempo y en la eternidad.

P. RAVIGNAN.